
EL HORNERO

REVISTA DE ORNITOLOGÍA NEOTROPICAL



Establecida en 1917
ISSN 0073-3407

Publicada por Aves Argentinas/Asociación Ornitológica del Plata
Buenos Aires, Argentina

Notas caliológicas Narosky, S. 1975

Cita: Narosky, S. (1975) Notas caliológicas. *Hornero* 011 (04) : 285-290

www.digital.bl.fcen.uba.ar
Puesto en línea por la Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales
Universidad de Buenos Aires

NOTAS CALIOLÓGICAS

Por SAMUEL NAROSKY

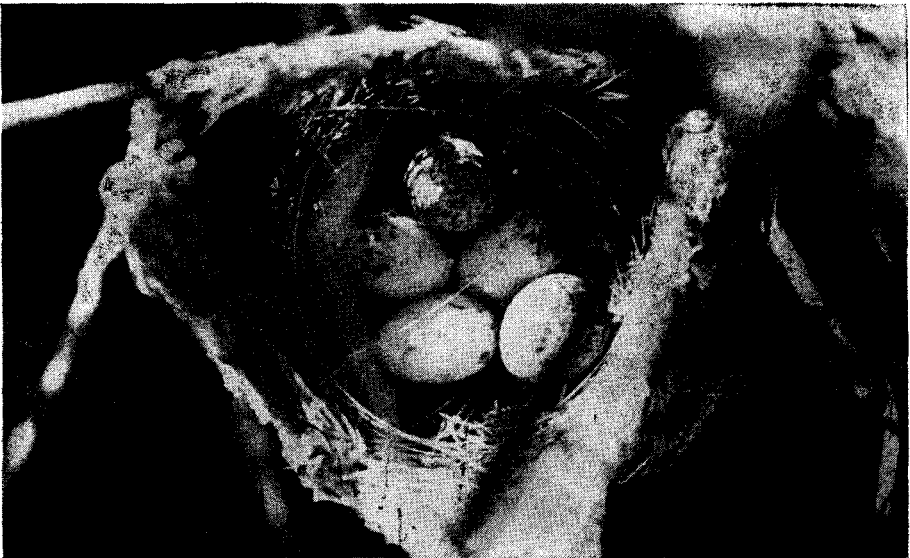
Relación entre la presencia de la golondrinita (*Notiochelidon cyanoleuca*) y la nidificación de la caminera (*Geositta cunicularia*)

Poco se ha escrito acerca de este furnárido de terrenos áridos y abiertos, cuya subespecie típica se distribuye desde las provincias centrales, Santa Fe, Córdoba y San Luis, hasta Tierra del Fuego.

El 4 de setiembre de 1970, en las proximidades del arroyo Samborombón —más adelante río homónimo—, en la localidad de San Vicente, provincia de Buenos Aires, nos encontramos con el habitual espectáculo del revoloteo de las parejas de la golondrinita barranquera (*Notiochelidon cyanoleuca*) en derredor de los huecos artificiales del puente de las Once Bocas y de las cavidades de la pequeña barranca. Algunas acarrear gramíneas o plumas para el colchón de su nido, pero otras sólo permanecen en las inmediaciones de uno de los hoyos, revoloteando o parándose en su cercanía, sin animarse a entrar. Pronto comprendimos el motivo. Una caminera, pájaro que aún no habíamos visto en la zona, salió raudamente de la cavidad, poniendo en fuga a las golondrinas. Otras veces, para atacar, las camineras se agazapan contra el piso, casi a nivel del arroyo, lanzándose como un resorte contra los molestos visitantes.

Pero de acuerdo a la conclusión a que hemos llegado posteriormente, la actitud en apariencia desafiante de las golondrinas, está más ligada a problemas interespecíficos que a la intención de arrebatarse el nido a su dueño. Las parejas de *N. cyanoleuca* tratan de “reservar”, digamos así, un hueco en la barranca, aunque provisoriamente esté ocupado, estableciendo prematuramente su territorio de cría. Y su constante presencia en los alrededores es un desafío a otras parejas que intentan desplazarlas.

No opina lo mismo Pereyra (Mem. Jard. Zool. La Plata, 9: 176,



Nido de Juan Chiviro.
(*Cyclarhis gujanensis*) vista superior.

1937/38). quien anota que las camineras "siempre tienen que luchar contra la golondrinita *N. cyanoleuca*, que las pelea y les quita las cuevas tapando el nido con plumas y quedando a veces debajo los huevos de ellas".

Esto podría ocurrir en ocasiones, por abandono accidental del nido por parte de *G. cunicularia*, dado que cuando hallamos sus cuevas, tanto en las oportunidades aquí descritas, como en otras, siempre hay convivencia de ambas especies que nidifican cerca, por preferir las dos, barrancas arenosas. Es evidente también que las golondrinas utilizan cavidades que encuentran, no sabiendo si alguna vez las construyen en terrenos muy blandos. En todos los nidos de caminera que hemos visto, siempre hallamos golondrinas revoloteando, pese a lo cual aquellas sacaron exitosamente sus pichones. Sin embargo hay siempre un miembro de la pareja de camineras vigilante, mientras el otro saca tallitos o raicillas procurando limpiar la cavidad, al mismo tiempo que traen vilanos de cardo o pelos de cuis para acolcharla.

Me he quedado, junto a Darío Yzurieta, varias horas procurando establecer cómo realizaban y distribuían la tarea. Casi permanentemente hay una caminera en el nido, alternándose cada 8 ó 9 minutos de promedio, aunque los períodos de atención varían de 5 a 14 minutos y los de desatención entre 3 y 10. Los cambios de guardia son instantáneos y se producen dentro del hueco, siendo por tanto invisibles para nosotros, y como ambos integrantes de la pareja son de la misma coloración, hubiese sido imposible establecer con certeza si en realidad los cambios se producían, de no haber mediado la circunstancia fortuita de que una de las camineras tenía una leve variación de plumaje, que permitía individualizarla a distancia.

Para entrar al nido, llegan volando desde unos 80 ó 100 metros, desde el lado opuesto del arroyo —que es donde nos hallábamos apostados—, se detienen en lo superior de las barranca, saltan a la base de esta y desde allí hacen un corto vuelo a la boca de la cueva, donde entran sin detenerse. La salida la efectúan sorpresivamente desde el interior. Esta conducta nos obligaba a no descuidar un instante el hueco.

Es muy fácil separar *G. cunicularia* de otros furnáridos parecidos de la zona, por el constante balanceo de su corta cola, entre la horizontal y el suelo. En cambio su canto chirriado bien puede confundirse con el de otras especies.

Dos días después de la primera visita, el 6 de setiembre, repetimos las observaciones durante varias horas no habiéndose producido mayores variantes en la situación: acarreo de materiales para el colchón y persecución de golondrinas. El retiro de raicillas del nido había concluido. Podría suponerse que aún continuaba la construcción previa a la postura, pero la constancia y regularidad en la permanencia de las camineras en el nido hacía pensar más bien en una conducta incubatoria. Aunque deseábamos estudiar la forma y materiales de la construcción, preferimos seguir el proceso hasta extraer otras conclusiones.

El 13 de setiembre no había ya más aporte de material. Los períodos de atención y desatención seguían algo irregulares y no habían variado mayormente. Era seguro que se hallaban incubando.

Seis días después, el 19, los padres llevaban constantemente orugas u otro alimento para los pichones, que sin duda habían nacido en el lapso entre el 14 y el 18 de setiembre. Aun en el caso de que tuviesen sólo un día, era de presumir que el 6 ya tenían la nidada completa, pese a que continuaban acolchando el nido. Esa misma actitud se seguía manifestando una vez nacidos los pichones, pues repetidamente, además de insectos, los padres llevaban abundante pelusa. Al salir del nido, lo hacen muchas veces portando excrementos en su largo pico.



Nido de Juan Chiviro.
(*Cyclarhis gujanensis*) vista lateral.

El alimento lo consiguen a espacios irregulares, entre 1 y 10 minutos. Aún hay parejas de golondrinas rondando la cueva, pero las camineras parecen prestarles menos atención. Sin embargo, el 26 de setiembre, 7 días después, al aproximarse la fecha de desocupación del nido, las golondrinas vuelven más agresivas ocupando en dos ocasiones la boca de entrada por espacio de 5' y 10', respectivamente, de donde debieron ser expulsadas por una caminera, que para ello abandonó la oruga que traía. A veces no se animan a entrar con comida habiendo golondrinas en los alrededores. Hemos visto que quien traía el alimento debió esperar la llegada de su pareja para que se ocupase de las molestas visitas y poder así penetrar en la cavidad.

Se hace más evidente que el problema territorial es entre las golondrinas, y que sin duda esperan la culminación del proceso.

El día 30, último que pudimos dedicarle a este nido, pues teníamos ya programado un viaje, nada había variado en la situación general y, aunque no la veríamos, la salida de los pichones era inminente.

Tiempo después hallamos una pareja de *N. cyanoleuca* dueña del nido. Prácticamente un año debimos aguardar para agregar algunos datos complementarios acerca de la nidificación de *G. cunicularia*.

El 4 de setiembre de 1971 hallamos un cuadro casi idéntico al del 4 de setiembre del año anterior. En la misma cueva la pareja de camineras traía materiales para el acolchado del nido, mientras las golondrinas revoloteaban por los alrededores. No sacaban raicillas de su interior por lo que calculamos un adelanto de no menos de dos días en esta ocasión respecto a 1970. De acuerdo a los datos obtenidos entonces, dedujimos que la nidada debía estar completa —cosa que comprobamos luego— y que el comienzo de la postura debía haber acaecido a fines de agosto. Recién entonces nos acercamos al nido, que habíamos observado siempre a distancia, y lo abrimos para estudiar su construcción. La boca de entrada es perfectamente oval, midiendo 65 mm en el eje horizontal y 40 en el vertical, estando a 220 mm de lo superior de la barranca y a igual distancia de donde ésta pierde verticalidad y se inclina hacia el arroyo. La altura desde el nivel del agua es de 1900 mm. El conducto es recto y ascendente y al llegar a los 500 mm de profundidad se ha elevado 80 mm

desde la horizontal y ensanchado algo, midiendo el óvalo 65 x 45 mm. La cueva tiene en total 800 mm. Al fondo hay una cámara casi esférica, cuyo techo tiene sólo 50 mm de espesor de tierra. Mide 110 mm de altura, igual profundidad y 120 mm de ancho, muy regular y bien construida. Castellanos (Hor., 5 : 34, 1932) describe sus cuevas, como cavadas en los bordes de las vizcacheras o barrancas, de boca circular u oval, de 80 cm a 1 metro de profundidad, casi siempre derechas y paralelas a la superficie del suelo.

También en las proximidades de las vizcacheras las ha hallado la Sra. de Masramón (Hor., 11 : 112, 1971) con una longitud de 1 a 2 metros, que conduce a una cámara circular tapizada de yuyos secos.

La tierra de esa zona de San Vicente es arenosa, blanda y húmeda; sin embargo el nido es seco. El colchón, en la parte inferior de la cámara, tiene 20 mm de espesor y está compuesto por sólo tres materiales, muy mezclados pero bien identificables: vilanos de cardo, pelos de cuis y trocitos secos de la vaina del pasto puna. Estos trocitos planos miden 30 mm de largo promedio, 3 mm de ancho y sólo 2 ó 3 décimas de espesor. El conjunto es suelto y muelle, recordando el nido de ciertos ratones. Según Castellanos, el colchón estaría formado por pastos y plumas.

Hallamos, como habíamos supuesto, una nidada completa compuesta por 3 huevos blancos, de forma oval ancha, de 24,3 x 18,8 - 24 x 18,6 - 24,2 x 18,2 (Pr. 24,1 x 18,5), que tienen evidentes trazas de incubación y que son similares a los descritos por Pereyra en la obra ya citada, quien dice: "ponen 3 huevos blancos que miden 19 x 25", comparables también a los 25 x 18 mm que anota Masramón, aunque esta autora ha hallado 4 ó 5 huevos por nidada.

A sólo 17 metros del nido de caminera, en una cueva similar en la misma barranca, una pareja de golondrinitas acolchaba el suyo.

Bandurrita enana (*Ochetorynchus certhioides*)

En la visita realizada junto con Darío Yzurieta a la zona de Embalse, Córdoba, República Argentina, desde el 1º al 7 de noviembre de 1970, nos proponíamos, entre otras cosas, hallar nidificando a la Bandurrita enana, a los efectos de comprobar la forma de construcción de su nido, poco documentada en la bibliografía, y la coloración de los huevos, que de ser celestes, como lo indica Pereyra (Mem. Jard. Zool. La Plata, 10 : 225, 1942), constituirían el único caso de postura de ese color entre los furnáridos no palustres, ya que tanto *Phleocryptes melanops* como *Limnornis curvirostris* viven y nidifican entre la vegetación acuática. Castellanos (Hornero, 5 : 1, 1932) halló el nido en la grieta de una roca, sin huevos y con un solo pichón. En cambio Hartert y Venturi (Novit. Zool., 16 : 167, 1909) informan que los huevos son blancos, de superficie rugosa, similares a los de *Furnarius rufus*.

Nos interesaba comprobar la afirmación de Pereyra para establecer que, por lo menos en este caso, la pigmentación de los huevos resulta independiente del medio.

O. certhioides ha sido observado por nosotros entre los matorrales y la vegetación arbustiva más densa de las sierras del cordón de Comechingones, prefiriendo los primeros faldeos, donde lo hallamos en esta ocasión frecuentando un sector rocoso próximo a la Quebrada de las Oscuras, a dos kilómetros de la localidad de Embalse.

Es un ave residente, pues la vimos en los mismos ambientes en marzo, junio, agosto, octubre, noviembre y diciembre, siendo común dentro de su hábitat específico. Es muy fácil identificarla por sus voces sonoras y sibilantes, de las que reconocemos cuatro.

El 3 de noviembre, la actitud de una Bandurrita enana nos puso sobre la pista de su nido, en alguna grieta entre las rocas, no muy distante del

sendero que corre por la quebrada. Tras tres horas de observación establecimos el lugar exacto por donde penetraba.

La hendidura estaba ubicada a 1,20 metros de altura, en una agrupación de rocas cuya elevación era de 5 metros desde el nivel del fondo de la quebrada.

Entre las rocas había poca vegetación, sobresaliendo un Tala, *Celtis spinosa*, a cuya sombra estaba la grieta de entrada al nido, la que tenía de 60 a 70 cm de largo por 3 cm de ancho, algo inclinada.

Rompimos y quitamos la piedra inferior, de 1 metro x 35 cm y al fondo, a 50 cm de profundidad, quedaba formado un hueco piramidal con dos paredes de roca y la tercera, abierta, dejaba ver el nido propiamente dicho. La medida de esta pirámide regular era de 15 cm, tanto en la base como en la altura de sus caras triangulares.

En la cara basal, de materias minerales disgregadas, había un hueco, sin duda hecho ex profeso, de 4 cm de profundidad y 10 de diámetro. Sobre este piso el ave colocó principalmente detritus vegetales muy sueltos, junto a líquenes, pelo, lana y sustancias algodonosas formando un espesor de 7 a 8 mm. Por encima de ese colchón hallamos un conjunto irregular de materiales dispuestos sin mayor orden, entre los que anotamos trocitos de piel de vacuno con pelo, polietileno, parte de la camisa de una culebra, papel de diario y de aluminio y pelo de roedores, formando un conglomerado heterogéneo y poco atildado pero mullido, de 15 mm, donde quedaban prácticamente ocultos los tres huevos azul verdoso, de color similar aunque más claro que el de *Limnornis curvirostris*.

Las medidas de éstos, expresadas en mm, son: 24,5 x 18,5 - 25 x 17,9 y 23,1 x 18,4, dos de ellos muy incubados y el restante infértil.

CONCLUSIÓN: De lo observado surge que la pigmentación de los huevos de *O. certhioides* —único furnárido no palustre con esa coloración— coincide parcialmente con lo afirmado por Pereyra en la obra citada; no así los elementos usados en la construcción del nido, que para este autor serían sólo palitos. En esto coincide también Castellanos, quien expresa: "Hace su nido con palitos y lo ubica en las pircas o hendeduras de las grandes rocas".

Nosotros hallamos únicamente materiales suaves como detritus vegetales, pelos, lana y algunos derivados de la industria humana, sin nada en absoluto de ramitas, espinas o palitos, tan comunes en los de la mayoría de los furnáridos.

Según Hartert y Venturi los nidos vistos en Ocampo (provincia de Santa Fe) estaban hechos en cavidades, en troncos y tapizados con hierbas.

Juan Chiviro (*Cyclarhis gujanensis*)

Mientras nos hallábamos ocultos, observando la actividad de la Bandurrita enana, notamos la persistente presencia de un ejemplar de *Cyclarhis gujanensis* en la copa de un Molle de Beber, *Lithraea molleoides*, mientras emitía su melodioso canto.

A medida que ascendía por la ramazón su voz se hacía más grave, hasta que penetró en el nido, ubicado a 6 metros de altura en la copa, que tiene 7 metros. Como dato curioso anotamos que suele cantar también echado sobre los huevos.

El Molle de Beber está en la cima de una afloración rocosa de 6 metros, de modo que el nido queda a 12 metros de altura de la zona más baja de la quebrada.

La copa de *L. molleoides* es amplia, no muy compacta y abierta en abanico y el nido está adherido a una horqueta horizontal, triple, cuyas ramitas miden 6, 7 y 10 mm de diámetro. Por su forma y posición, no así por su construcción, recuerda al de *Icterus cayanensis*.

El nido ha sido donado a la División Ornitología del Museo Bernardino Rivadavia.

Está elaborado con ootecas de araña mezcladas con pajitas muy finas de gramíneas secas (promedio 0,8 mm) y líquenes de tono gris y gris verdoso. Exteriormente tiene pegados gran cantidad de trocitos de estos líquenes, aunque prevalece la tela de araña. Contiene además diseminadas algunas criptógamas de hojitas duras, verdes, de 5 a 6 mm, siempre adheridas con el material de la ooteca.

El acolchado interior, más tupido en el fondo de la taza o bolsita, está hecho con las mismas pajitas de color amarillento que constituyen las paredes del nido, las que son muy uniformes en cuanto al largo—120 mm—, diámetro y tipo.

Todo el conjunto está perfectamente "atado" con tela de araña a la horqueta que lo sostiene.

La boca, ubicada en la parte superior, es casi un triángulo perfecto, de 80, 90 y 100 mm en cada uno de sus lados.

La profundidad de la taza en su parte más alta, en uno de los vértices del triángulo citado, es de 80 mm; en la parte media 50 mm y en el lugar de menor altura, que es donde se unen las tres ramitas de la horqueta, 35 mm.

Las paredes del nido, de un tejido de trama abierta pero resistente, traslucen la luz y permiten el paso del aire, teniendo un espesor aproximado de 8 mm, mientras que el fondo, mucho más compacto, alcanza a 35 mm.

El día 3 de noviembre de 1970 el Juan Chiviro permanecía echado sobre un solo huevo perteneciente al ictérico parásito *Molothrus bonariensis*. No acertamos a explicarnos de qué modo este pájaro logra burlar la vigilancia constante y a corta distancia que aquél ejerce sobre su nido.

El 7 del mismo mes, bien temprano, cuando habían transcurrido escasamente tres días y medio, hallamos cinco huevos, tres de los cuales pertenecían a *C. gujanensis* y los restantes al tordo *M. bonariensis*.

Sólo en el primero, puesto por el parásito, había vestigios de haberse iniciado el desarrollo embrionario.

Los huevos de Juan Chiviro son de forma oval muy alargada, de fondo rosáceo con manchas y algunas pintas de color castaño claro, distribuidas mayormente hacia el polo obtuso formando una corona algo irregular. Superficie de opacidad normal.

Miden en mm: 24,3 x 16,4 - 24,6 x 16,6 y 25,7 x 17,1.

DISCUSIÓN: Entre los pocos datos bibliográficos que hallamos respecto a la nidificación de esta especie, están los publicados por José A. Pereyra (Hornero, 9 : 332, 1951), donde refiriéndose a la subespecie *C. gujanensis ochrocephala*, de la zona mesopotámica, dice: "con ese canto y manera de ser, posado generalmente en lo alto de los árboles, despista al que quiera descubrirle el nido, pues su hembra, silenciosa, es raro verla volar del lugar en que lo tiene y tan es así que hasta la fecha ningún ornitólogo ha llegado a descubrirlo".

Es indudable que el integrante de la pareja que incubaba, no sabemos de qué sexo, es quien emite el canto desde lo alto del árbol, contrariamente a lo habitual en esas circunstancias, y ello pudo confundir al autor.

Hartert y Venturi (Novit. Zool., 16: 167, 1909), refiriéndose a la subespecie *C. g. viridis*, que ha de ser la misma que nos ocupa, dice que el nido está colocado en horquetas de árboles, a cuatro o cinco metros del suelo, y que los huevos, de fondo blanco brillante, tienen manchas negro azabache y pintas ceniciento y miden 21,7 x 16,3 - 22 x 16 - 22,3 x 16,3 - 22,8 x 16,1 y 22,8 x 16,3.

Entre esta cita y nuestro hallazgo hay similitudes y diferencias, estas últimas en cuanto al color, largo y superficie del huevo.

Lamentablemente carecemos de alguna descripción de este nido tan característico, a los efectos de comparación.